

# Caminar juntos: cuando la nube se junta y empieza a llover



La conversación no empezó en la mesa grande ni con micrófono. Empezó al lado del fogón, mientras se repartían el tinto y el pan ya medio frío, cuando las voces bajan y uno escucha mejor. Afuera lloviznaba suave, de esa lluvia que no avisa, pero se queda.



## Una preocupación compartida

Hemos visto cómo nuestras palabras terminan en informes que no regresan. Cómo las fotos del territorio circulan sin nombre. Cómo los saberes se vuelven “datos”, y los datos se vuelven propiedad de otros.



## Comunicar con cabeza y con corazón

La recomendación fue clara: aprender a comunicar con cabeza y con corazón. Los proyectos quieren resultados rápidos y las instituciones piden informes, pero los procesos comunitarios no caminan así. No se trata solo de escribir un documento, sino de ir al territorio, escuchar, volver, ajustar, equivocarse y volver a escuchar.



También surgió una reflexión profunda cuando se habló de protección. No se trata solo de proteger el conocimiento, sino también a la persona. Porque los saberes no flotan solos; viven en quienes los cuidan, los practican y los comparten.

Alguien recordó algo que dolió: Hay mandatos de hace veinte años que no se han operativizado. No por falta de palabra, sino por falta de articulación, decisión y continuidad. Esto nos invita a mirarnos con honestidad, no para culpar, sino para aprender. Porque si volvemos a escribir algo que se quede guardado, habremos fallado.

Hacia el final, cuando la lluvia se iba y el cielo empezaba a aclarar, alguien dijo: “Cuando queda mucho en el aire, se va”.

Por eso se propuso poner fechas, responsables y rutas. Como una forma de cuidar la palabra y convertirla en compromiso.

